

IV

GER.—De lo dicho fuerza es concluir que la ingeniosa introducción de verbos érales á los clásicos natural, quiero decir, como ingénita, no artificiosa ni rebuscada, cual es la de aquellos que, por parecer originales, afectan una manera de hablar y escribir ambiciosa, siquiera para que la novedad de los vocablos les concilie la pública estimación; por el contrario, los ínclitos autores arriba alistados, como habían de acomodar al auditorio el estilo, dábanle al pueblo, aunque esmeradamente aderezada, la lengua misma hablada por él, sin que la novedad (que lo es sólo para los de hoy) le sonase extrañeza ó exorbitancia. Corrían peligro, á no hacerlo así, de pasar por faranduleros enfadosos, como quiera que *la hermosa nativa suele engendrar sospecha de no muy natural, si la vemos adulterada con el exceso del afeite*, como uno de ellos solía decir. Mas

no sé yo si habéis cargado la consideración en lo que importa la introducción de un verbo flamante. Importa, es á saber, la introducción de muchos otros vocablos igualmente desconocidos. Así, el verbo *desgaldir*, por ejemplo (que significa *consumir, disipar, desperdiciar*), da nacimiento al nombre verbal *desgaldidor*, al sustantivo *desgaldimiento*, al adverbio *desgaldidamente*, al adjetivo *desgaldido*, á las voces *desgaldidura, desgaldidez*; de arte, que sólo el *desgaldir* hace sogá de seis vocablos tan nuevos como él, ora los empleasen á la letra los mismos autores, ora nos convidasen con el reclamo á ponerlas en uso. Conque contadme ahora, si podéis, los centenares de términos que al *Quijote* le faltan, por faltarle el crecido número de verbos que autores precedentes nos regalan como perpetuo memorial de nuestra fecundísima lengua.

GAM.—En recambio, no pocas voces he leído yo en Cervantes que no sé si abundan en los encomiados autores.

GER.—No es eso lo que nos incumbe saber. Lo que hace á nuestro propósito es que el *Quijote* los empleara como pertenecientes al idioma actual y no como trasnochados ó exóticos.

NEAN.—¿De qué vocablos rezas, Gamantes?

GAM.—De muchos graciosísimos, galanísimos, significantísimos, como *barbilucio* (p. 2, cap. I), *barbizaheño* (p. 2, cap. I), *entreoído* (p. 2, cap. 45), *altibajos* (p. 2, cap. 19), *fuera-*

rropa (p. 2, cap. 63), *barbiponiente* (p. 2, cap. 1), *destripaterrones* (p. 2, cap. 5), *pelarruecas* (p. 2, cap. 5), *majagranzas* (p. 2, cap. 31), *echacuervos* (p. 2, cap. 31), *carirredondo* (p. 2, cap. 10); dicciones preñadísimas de sentido, pues cada una supone por una frase entera.

GER.—¿Con esa ensalada nos desayunas, hijo? Llenos andan los libros clásicos de semejantes gustaduras, que engolosinan mas no engordan. Donosos, por cierto, son los vocablos compuestos, obra al fin de aquellos inmortales hacedores. Pero hágoos saber que Cervantes, si diónos á conocer algunos, dejóse en el tintero una sarta de otros, tan lindos como esos, si no lo son más. Oídlos: *mantravesón*, *ponepesares*, *guardacapas*, *disparacestones*, *calientapoyos*, *andavías*, *trascerca*, *traspared*, *comicalla*, *comihuelga*, *tabahunda*, *tirasol*, *sorbimuerde*, *sacaprendas*, *sobreventa*, *rondacalles*, *rapaterrón*, *quitasueños*, *lloranduelos*, *humonarices*, *escuchagallo*, *engañamundos*, *derramasol*, *derramanublados*, *derramasolaces*, *cabizcubierto*, *bobiculto*.

NEAN.—Por experiencia tengo, que no me sirve siempre con fidelidad la memoria, pero por todo cuanto en el *Quijote* me acuerdo haber leído, apostaríá yo que ninguno de los tales vocablos tiene cabida en él; ello es, que tampoco me había tocado á mí la fortuna de oírlos hasta hoy.

GAM.—¿Cómo los habías de oír, mancebo, si antes habían de campear en el Diccionario?

NEAN.—¿No están?

GER.—Supone Gamantes que no, aunque anda mal lógico en la suposición. Mas comoquiera, ni los nombres dichos ni los verbos antes mencionados, por más pesquisa que hagáis, los hallaréis en el Diccionario; en los libros clásicos sí, con otros sin cuento.

NEAN.—¿En qué libros?

GER.—En libros, compuestos los más antes de salir á luz la segunda parte del *Quijote*, por manera que, cuando comenzó á correr vuestro libro, Gamantes, ya estaban las antedichas voces compuestas cansadas de placear por el mundo.

NEAN.—Reparo, señor, no ser grande la dificultad de forjar vocablos compuestos, ora la forjación se haga de nombre con nombre, ora de nombre con verbo, ora de verbo y verbo.

GER.—No está, hijo, el chiste en la mayor ó menor dificultad de la hechura, sino en la misma traza de composición que no se le alcanzó á Cervantes, ó no le vino á la pluma cuando su novela escribía.

GAM.—Séase eso ó esotro, no es maravilla le falten al *Quijote* palabras compuestas.

GER.—Parece silbaste con tanta ese... Sólo faltaba el coletazo serpentino... Mas si careciera el *Quijote* de toda una letanía de simples, ¿qué pensaríais?

NEAN.—Yo, que es libro menguado, pues tiene menguas.

GAM.—Yo, que por incensado que sea un libro, ninguno presta para vocabulario.

GER.—Esa tu confesión me hace gracia, Gammantes. El *Quijote* no se hizo para contener todos los primores de la lengua; no es cosa de repicapunto cuanto al lenguaje, no llega á la raya de lo perfecto. ¿Estamos? Ni Cervantes esa gloria pretendió.

NEAN.—Eso ya me lo tenía tragado yo.

GER.—Luego, ¿á qué tanto cacarear el *Quijote* cual flor y nata de la lengua española? Cebad los ojos hasta desojaros en esta suma de nombres que de mi faltriquera voy á sacar; leed y llamadme impertinente: *aguija, ahorrio, algasia, alquil, ampón, apesaramiento, ardiñal, armandija, asnedad, barbaquejo, cabecería, caíble, caleño, claustralidad, coto* (adj.), *chafariz, charrúa, deseco, desentereza, desmedra, despechorrado, disconcordia, encapullado, encetrado, enerve, entoldo, entrañamiento, escogollado, escupo, exicación, grimoso, gurreea, gusanoso, hiera, huequedad, impiadoso, incasto, incendaja, incompasión, inerudito, inmisericordia, insumable, intocable, jarcería, labeo, leonería, maniego, marañista, marola, meluca, muelo, mundanesco, etc., etc., etc. ¿Digo algo, ó quiebrome la cabeza?* (p. 2, cap. 49) en frase del *Quijote*.

GAM.—*Y aun algos, respondió Sancho* (p. 2, cap. 29), á otro propósito, bien que en tan mal paso hundido como yo.

GER.—Algunos centenares de palabras po-

día yo añadir á la lista, ni estampadas en el *Quijote*, ni archivadas en el Diccionario.

NEAN.—Echo en esas de ver una cosa, que muchas proceden de la lengua latina.

GAM.—Floja razón, amigo; nuestro Cervantes nunca estuvo reñido con el latín. ¿Cuántos términos no usa latinos por entero? Como los demás clásicos los usaron.

GER.—Eso es. Más aun quiero acrecentar: no son técnicas ó propias de algún arte las dicciones referidas, sino comunes, pertenecientes al uso general, pues con ellas los autores trataban de adiestrar al pueblo en todas las dificultades de la vida cristiana, que por eso en sus tratados danle instrucción diciéndole: por aquí has de ir; pero de tal manera se lo dicen, que se haga él capazísimo de entender los vocablos: de otra suerte, merecerían los escritores la fea nota de desmañosos en su escritura. De donde fácilmente colegimos que el pueblo español, á fines del siglo xvi, antes de la publicación del *Quijote*, tenía más en la uña las voces y frases castellanas, sin ninguna comparación, que el pueblo de hoy, siquiera se llame de Burgos, de Valladolid, de Madrid, de León, de Sevilla.

NEAN.—Más descalzos de romance andan los leoneses de hoy, entre los cuales pasé yo cuatro años, que los de marras. Si preguntamos á un tío de esa tierra qué significa *maniego*, embazará como un bausán, sin entender de qué le hablan; al menos, á mí eso se me figura.

GAM.—No osaré afirmarlo, porque cantidad de palabras castizas perduran aún lozanas entre la gente del vulgo. Los modernos criticones, como no las vean en el Diccionario, aunque las descubran en esos libros de la clásica antigüedad, ó las cuentan por anticuadas, ó se niegan á recibirlas, como que no dijese bien con la pulcritud del lenguaje actual. Eso del *maniego* barrunto yo si será lo que ahora llaman los vulgares *ambidextro*, voz meramente latina.

GER.—Así es; *maniego* decían los clásicos: lo de *ambidextro* no sé yo de algún antiguo que lo usase.

NEAN.—Si anduviera yo por esas calles intitulándome á boca llena *maniego* (pues en verdad tal me hizo Dios, que mando la zurda como la derecha), se me reirían á las barbas los míos.

GAM.—Pues barba á barba, ríete á las tuyas tú, que sabes más que ellos en esta parte.

NEAN.—Saltéame ahora un escrupulete, que no quiero ocultarte. Tiéntame la curiosidad de saber, ese montón de voces, nuevas para mí, ¿quién las abona? Porque caso grave es que con tantas ediciones del Diccionario hayan quedado ellas sepultadas en la región del olvido, sin dejar memoria de sí.

GER.—Sepultadas, bien dijiste; más valdría decir, en los libros, donde reposadamente durmieron, duermen y dormirán por siglos eternos, si no los desentierran los curiosos, esto es, los amigos de conocerlas.

GAM.—Amigos como D. Geroncio quieren ellas; no como tú, Neanisco, que te pasas las horas muertas sin abrir un libro clásico, salvo si alguna vez hojeas el *Quijote*, por no andar hecho un trago todo el día.

NEAN.—Muy de alabar es la perinquinosa tarea de D. Geroncio.

GER.—¿*Perinquinosa* dices? Bravo término. ¿Sabes, hijo, quién le empleó? Alvarez y Gracián, lo cual significa que corrió de 1590 hasta 1670, casi un siglo, en acepción de *molesto*, *fastidioso*. Viene de *perinquina*, sustantivo también usado por Alvarez en su *Silva espiritual*, no conocido del Diccionario.

NEAN.—No me acuerdo con qué ocasión oí nombrar el *perinquinoso*.

GAM.—En ayunas estaba yo del tal vocablo.

GER.—¿Cómo no te le enseñó Cervantes, pues ya en su tiempo era corriente y moliente?

GAM.—Es v. m., iba á decir, *incompasivo*; no sé si toco tecla.

GER.—¿Tecla? Todo el teclado tocaste, hijo, con maestría; dedos para organista pintiparados son los tuyos. Los coetáneos de Cervantes usaron el *incompasivo*, que á él le venía cual anillo al dedo para la moza del Toboso; pero no tendría nuevas de él. Si gustas, hijo, añádeme el epíteto de *inemendable*, porque no trato de hacer libro nuevo por ahora, sino de advertir las menguas del tuyo.

NEAN.—Esos adjetivos en *able*, *ible* se forman á cierraos, como dicen.

GER.—¿Quién te lo enseñó sino la costumbre de los clásicos? Si no temiera yo llover sobre mojado, os traería aquí los nombres *ineligible*, *inesperable*, *inminable*, *insumable*, *ininvestigable*, *insuspicable*, *intocable*, *irreflexible*, etc., etc.; pero no quiero omitir otros, no sea penséis han de ser todos negativos, *caible*, *cansable*, *doctrinable*, *domeñable*, *fatigable*, etc., los cuales, aunque se forjen en daca las pajas, como dice oportuno el Neanisco, no salieron de la turquesa cervantina, ya que los más habían visto la pública luz cuando Cervantes dió á ella su *Quijote*.

NEAN.—Apenas habrá, imagino yo, verbo que no se preste á semejante forma de adjetivos.

GAM.—Ese *preste*, Neanisco, canta mal; hay que señalarle otro oficio, porque el reflexivo *prestarse* en esa acepción no se usa en buen castellano. *Prestarse* es *entregarse*, pero no *acomodarse* ni *favorecer*. Dirás, pues, que muchos verbos, casi todos se acomodan (no *se prestan*) á la formación de adjetivos en *able* ó *ible*; razón de más para que Cervantes los forjara nuevecitos, como los propuestos, que ni en el *Quijote* ni en el Diccionario hallaron entrada.

NEAN.—No es maravilla; nuestro Diccionario es susceptible de reforma.

GAM.—Al revés, hombre; la reforma es sus-

ceptible en el Diccionario. Porque la voz *susceptible* hace sentido pasivo, *lo que puede ser recibido*, no *lo que es capaz de recibir*, así como *perceptible* suena *lo que puede ser percibido* y no *lo que puede percibir*. Así que la reforma será susceptible en nuestro Diccionario, dando principio por el art. *Susceptible* del moderno, puesto que el antiguo de Autoridades no dijo palabra de ese afrancesado término en *ible*.

GER.—No entabla mal su argumentillo el cervantista, hijo, principalmente si tenemos cuenta con la flamante definición del Diccionario: «*Susceptible*, capaz de recibir modificación ó impresión.» ¿Qué parte ni rastro de modificación ó impresión se descubre en la palabra *susceptible*, derivada del supino *susceptum*, que suena *emprendido*, *empezado*, *tomado á cargo*, *sostenido*? Dígase, en hora buena, *susceptible empresa*, *susceptible negocio*; pero de las personas decir que son *susceptibles*, cual si dijéramos *delicadas*, *melindrosas*, *tiquismiquis*, *de alfeñique*, solamente á galiparleros se les puede ofrecer, que así lo usan como lo permite la lengua francesa. No vayas, Neanisco, á imaginar que tu amigo y yo nos hemos aquí muñido para menear contra ti las armas.

NEAN.—No se me va el ánimo á pensar eso, D. Geroncio. Pero también yo le voy á coger á v. m. entre puertas. El Diccionario no autoriza el reflexivo *muñirse* que acaba v. m. de emplear con tanto repulgo.

GER.—No me quiero meter en dimes y di-
retes, Neanisco de mi vida. Una cosa te asegu-
ro, á fe de quien soy, á saber, que el *muñirse*,
reflexivo ó recíproco, andaba muy valido entre
los clásicos. ¿Quieres firma de mayor excep-
ción? Oye al P. Fr. Antonio Alvarez en su
*Silva espiritual: Allí doblaban la priesa, esfor-
zaban el golpe, añadían el clavo y requirían al
ídolo para que no se moviese, y muñéndose para
esto los oficiales unos á otros.* Así el clásico
autor, en el domingo de Quincuagésima, terce-
ra consideración, donde empleó dos veces más
el *muñirse* y *apañarse*. Yo no me meto en ave-
riguar por qué razones dejó en blanco nuestro
Diccionario la forma *muñirse*, pero sí te certi-
fico ser ella tan clásica y castiza como la del
activo *muñir*. Conque no nos hemos muñido
los dos para armar brega contigo, sino para
aclarar pacíficamente conceptos embrolladísi-
mos de la moderna algarabía, en servicio del
honor patrio.

GAM.—Por el contrario, dijera yo que don
Geroncio ha hecho propósito hoy de desflorar
el lustre de Cervantes, afilando contra su pú-
blica fama el corte de su despiadada lengua.

GER.—Tampoco das en lo cierto, Gaman-
tes. Cada cual tiene por blasón sus obras. Las
suyas hicieronle á Cervantes afamadísimo en
todo el orbe con justísima razón. En el arte
de novelar, ¿quién le llevó la vez? Nadie del
mundo, si especialmente ponemos los ojos en

el *Quijote*. Poderosísima es el habla para hacer
impresión en corazones humanos. No sin mo-
tivo imaginó la antigüedad trenzas y cadenillas
colgadas de los labios de aquel famosísimo
Gorgias, ilustre retórico, que con sus razona-
mientos dicen arrastraba tras sí las almas, ha-
ciéndolas suyas; porque el lenguaje posee en sí
un secreto no sé qué, si en particular es sabro-
so y cortesano, como el de Cervantes, que con
la fuerza de sus razones sojuzga y avasalla, al
paso que con el hechizo de las voces saca de
sus casillas la afición de los más distraídos, en-
cantándolos halagüeñamente, sin poder acabar
ellos consigo de andar colgados del embeleso de
aquella dulce parlería. No hay dudar, sino que
la de Cervantes ha sido siempre tan aficiona-
dora de entendimientos cuan cautivadora de
voluntades. Tanto golpe hace un solo capi-
tulo, cualquiera que fuere, del *Quijote* en per-
sonas de mucho seso, en varones de pendón,
que á las veces fuérazlos á demasías públicas, á
perder el compás de su ordinaria quietud, á
salir de nivel, á romper en desaseos no propios
de su autoridad, porque la viva pintura de las
cosas, hecha por la mano habilísima de este
gran maestro, descompone, desasienta, desqui-
cia de su natural estado las almas, sin que esté
en su posibilidad el guardarse el decoro conve-
niente á su autorizado andar. Tal es la virtud
del picante cervantino. Con razón pudo Cer-
vantes acotar para sí los aplausos de todo el